

LA PROTESTA HUMANA

PERIODICO ANARQUISTA

Suscripción
Trimestre..... \$ 1.00
Semestre..... \$ 2.00
Año..... \$ 4.00
Paquetes de 25 ejemplares pesos 1.00
Pago adelantado

Sale todos los Sábados

Numero suelto: DIEZ CENTAVOS.

Dirección:
G. Lafarga
Calle Chile núm. 2274
BUENOS AIRES

La acción colectiva

No es trabajo de un día. No es el labor de un hombre. Empresa demasiado complicada, obra grandiosa á la que concurren aun los mismos que viven nutriendose del pasado, la elaboración del porvenir necesita de todos los esfuerzos, de todas las energías, de todas las inteligencias.

Si el mundo es ó no el resultado de una lenta evolución de las cosas y de los seres, como quieren algunos, no importa mucho á nuestro asunto. Lo de menos es trazar un camino, una teoría que satisfaga al pensamiento. Lo esencial es establecer claramente los hechos sin ponerlos al servicio de ningún convencionalismo, de ningún artificio retórico ó científico. Y en este sentido puede decirse que la vida común humana es indudablemente el producto de innumerables acciones y reacciones de la personalidad y del grupo, acciones y reacciones que constituyen la inmensa labor de todas las actividades.

Un propósito, un fin, una necesidad, consciente ó no, implica un serie de actos adaptados mejor ó peor á su motivo. La acción viene fatalmente impuesta por el hecho de sentir, de pensar, de vivir, en una palabra. Y según esta acción sea más ó menos resuelta y constante, más ó menos poderosa, así la resultante corresponderá más ó menos el propósito, fin ó necesidad que la engendra.

No es menester insistir sobre ello, tan evidente, tan elemental lo consideramos.

Mas plegándonos á las luchas sociales y políticas, que no son ciertamente excepciones á lo que dejamos dicho, ¿hámonos perfecta cuenta de la correlación inevitable entre la idea y la acción? ¿Atendemos á la necesidad obligada de concordar las fuerzas multiplicándolas en la labor colectiva?

Tal vez la mayoría de los militantes revolucionarios reducen su acción personal á palabras más ó menos fuertes; quizá no pocos fían á su solo esfuerzo ó á la eficacia de muchos esfuerzos aislados la inmensa obra de modificar el mundo social. Es posible que al error de creer que un solo hombre, el jefe, con sus cábalas políticas y sus conspiraciones misteriosas, era capaz de remover el país, de cambiar las instituciones, haya sucedido el error inverso; el de creer en la no necesidad de concertarse para la acción, para la lucha por el advenimiento de un mundo mejor. De hecho la acción de las fuerzas revolucionarias no corresponde á su poder ni á su número ni á su inteligencia. De todos lados parten voces de desaliento, de pesimismo. Y parece como si cada uno tuviera empeño en seguir senderos laberínticos que llevasen á todos á la más completa dispersión.

Los más fuertes, los más enérgicos, ó los más ciegos creyentes, se exaltan, y ante el espectáculo de la general inercia ó del desconcierto en la obra común, se lanzan á todas las temeridades. Sacrifican así sus energías á simples visiones.

Se ha dicho y se dice que la acción individual es la piedra de toque en las luchas modernas. Ciertamente. No sólo hoy, lo ha sido siempre en los hechos, ya que no se lo sostuviera como principio en una filosofía nueva. Sin la acción individual, toda actividad permanece dormida. Sin la acción individual, el grupo, la colectividad permanecen indecisos, muertas. Es la acción in-

dividual como la corriente eléctrica que enciende instantáneamente millares de luces. Por la acción de uno ó de unos pocos llega á cambiarse por completo la faz de las cosas. Por la acción de uno ó de unos pocos se modifican radicalmente las ideas, las costumbres, los medios de convivencia social. El individuo es realmente toda inteligencia, toda actividad, toda acción. El grupo apenas si se puede considerar como una suma de acciones individuales. No tiene órgano propio de actividad, de pensamiento, sino en tan cuanto sigue los impulsos y las ideas de sus elementos componentes.

Mas, ¿no se sigue de esto mismo que la acción de los hombres no se libra al azar sino que se concierta, que se consolida en el grupo? Si así no fuera seríamos como peces nadando en el agua en cualquier dirección, cruzándose, estorbándose, anulando los unos las fuerzas de los otros. El instinto busca modos de acomodación. La conciencia busca modos de concordancia. En este grado superior del instinto, la conciencia, radica la coordinación de los esfuerzos humanos, colocándonos por encima de las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Hasta ahora háse seguido el sencillo proceso de poner la masa, el grupo, al servicio de la acción individual por medio de la violencia. Un hombre arrastra á cien, á mil, á un millón. Un grupo de hombres arrastra á una nación entera, á un continente, á la humanidad quizá. No hay coordinación, hay subordinación.

Toda rebeldía tiene entonces su natural justicia. Opngamonos resultantemente á esta violencia que nos subordina en todas direcciones, que nos convierte en instrumentos de unos cuantos. Se explica bien la exageración individualista. Es la natural reacción de fuerzas que se reprimen y al recobrar su poder van más allá de su propio impulso por la expansión rápida, instantánea, de su energía potencial. Por esto tal vez se dispersan las fuerzas revolucionarias, obran aisladamente, sin concierto, y se consumen en la impotencia de acciones que no se suman, que á veces se contrarrestan.

Pero si no queremos arrastrar violentamente á la masa, si nos hacemos los paladines de la acción individual, no será sin proponernos coordinar las fuerzas todas que quieren concurrir á un mismo fin, no será sin proponernos provocar la acción colectiva, que es como la correlación inmediata de la acción individual. Si al autoritarismo le es permitido presentarnos la batalla colectivamente por medio de sus organismos de subordinación, ¿que mucho que tratemos de luchar colectivamente también por medio del acuerdo voluntario entre los que caminan hacia una misma meta? La acción de un individuo aislado es necesariamente provechosa; más lo será la de muchos individuos aislados; mucho más la de gran número de individuos puestos de acuerdo, coordinados para un fin dado.

En el primer caso será nuestra acción revolucionaria como movimientos instintivos verificados al azar. En el segundo será la lucha consciente, en grupo cerrado, contra las poderosas fuerzas de la reacción. No seremos elementos que se lleva donde se quiere por ministerio del privilegio y de la autoridad. Seremos hombres que libremente concuerden sus voluntades, sumen sus energías para derribar con sucesivos empujes y en un esfuerzo supremo el enorme obstáculo de la reacción imperante.

La experiencia de algunos años hános probado la escasa eficacia de la acción individual aislada. A la hora presente carecemos de orientación, carecemos de fuerzas para hacernos respetar como beligerantes en la contienda social. Busquémonos y al buscarnos que sea la necesidad de una poderosa acción colectiva el credo de la nueva táctica.

No basta ya que hable un hombre ó algunos hombres por inteligentes y virtuosos que sean. No basta ya que hablen grupos de teorizantes, bien hallados con el *dolce far niente*. No basta ya que hablen los partidos, doctrinarios ó no. Es menester que tome la palabra la colectividad en pleno, que hable el pueblo, que surja de él luz, vigor, energía, acción. Que el movimiento popular sea como la resultante espontánea y consciente de las particulares iniciativas, de las individuales acciones, y la revolución quedará hecha.

Consagremos todas nuestras personales facultades á despertar en el pueblo la necesidad de la acción y será como si llamáramos vigorosamente á las puertas del porvenir.

R. MELLA.

Nuevas pruebas

... che l'idea di mutare ad arbitrio l'assetto collettivo merce un articolo di regolamento, od una riforma amministrativa o politica, è così assurda, come l'idea di chi pretendesse raddrizzare le gambe ai cani o far volare gli elefanti. La riforma sociale può tutt'al più raggiungere quel più modesto risultato, a cui pervengono gli allevatori coi sapienti ed opportuni incroci; poiché come questi riescono, mercè feilerati sforzi, ad impicciolare od abbellire il capo, o la corona o le gambe de' buoi o delle pecore, così l'opera pazientemente assidua de' riformatori verrà a rettificare qualche asimmetria, o deformità sociale. Ma nulla più.

ACHILLE LORIA.
(La Sociologia—Il suo compito—Le sue scuole—I suoi recenti progressi. Verona, 1901.)

Socialistas, autoritarios y anárquicos, sabemos que esta organización no depende de sí misma, sino de una porción de factores que la gestaron tal como es. Un ciclo evolutivo nos arrastra, y es vano saltarlo, desviarlo ó romperlo. Hay que ir con la evolución, pero no con esa evolución *sui generis* que los «malos socialistas» palabrean. No recordamos si antes hemos escrito eso: para la ciencia, evolución es transformación, rebelión colectiva, violencia personal y revolución. El crecimiento de un árbol y el rayo que rasga las nubes porque la atmósfera se opuso á la salida de la chispa eléctrica, como dice Reclus, son dos hechos de la evolución.

La estupidez de los socialistas en las cámaras alemana, francesa y italiana y las muertes de Humberto I y Canovas del Castillo son otros tantos hechos de la evolución. Eso de marchar á paso de gallina ó pedir que el obrero eche dos patatas más en el puchero, es también evolución... de unos cerebros retardados, de cuyo mal ellos no tienen la culpa. Separar, un hecho de la vida, de la teoría de la evolución—es ser un ignorante de la sociología. Tener un programa mínimo, confeccionado sin saber si es práctico y conseguible—es ser un soñador de la retaguardia social. Y presentarlo como panacea de los trabajadores, cuando se ignora que las leyes económicas no permiten la estabilidad de las mejoras—es un crimen que se perpetra en las inteligencias de los obreros gracias á la desorientación en que se hallan éstos. Todo lo cual, nosotros lo probamos, lo hemos probado demasiado. Alguno nos podría replicar:

—No, no lo habréis probado demasiado, ni aun suficientemente, cuando todavía persisten casi un centenar de individuos que así lo creen, y dicen, por el contrario, que no les conseguiréis probar lo que ellos tienen por improbable.

Respondemos: hay hombres á quienes no se convence de lo que ellos están dispuestos á no convencerse. Y hombres hay, también, que en su afán de vencer al adversario, van contra la verdad con la misma sangre fría con que uno se desayuna por la mañana si tiene con qué. No son misoneístas sino vanidosos. Otros ganan algo en el juego, y á éstos habríamos de prometerles, por lo menos, igual usufructo al que perciben; ó sueñan con percibir. ¡Ay! y entre nosotros sólo se gana dolores de cabeza, lo que estimula poco á los egoístas. Otros de otros, por ejemplo si se trata de autoritarios, son socialistas por aquellos de: ¿qué dirían Fulano y Zutano y Mengano si dejasen de serlo, y qué sería de ellos sin que nadie les considerase ya como *paternostes*? Véase, pues, si hay motivo sobrado para no convencerse, ni dejarse convencer con todas las verdades, de lo que no se desea aparecer convencido.

Repetimos, entonces: hemos probado que todo lo que más arriba se ha expuesto sobre la evolución y las reformas, es como lo decimos ahora y como lo hemos dicho otras veces y antes que Loria nos diera su sanción, como se ve en lo que transcribimos á la cabeza de este artículo.

Vamos á dar otra prueba más por donde se deducirá que los socialistas legalitarios, con su método político de lucha, se agitan, cuando se agitan, en el vacío.

Se habrá observado que los trabajadores han hecho de la huelga un arma de acción continua. Todos los días, ya de una parte, ya de otra, el telégrafo nos da cuenta de una huelga que se hace aquí por las ocho horas, por el aumento de jornal ó por cualquier otra mejora inmediata, allí, ó contra tal ó cual arbitrariedad patronal ó gubernamental, en cualquier sitio.

Las huelgas bien organizadas, se ganan todas, y, aun las mal llevadas, donde la poca conciencia predomina, se ganan también, y no pocas. El hecho es notorio y de simple comprensión. Y elocuentemente, sobre todo. Enseña: que las mejoras factibles se obtienen sin partido socialista alguno, sin diputados en las cámaras y sin necesidad de ambos. Y demuestra: que los incisos del programa mínimo y aun los del máximo, desconocido (ha de llegar á lo infinito), tendrán un diputado que los acate cuando por la huelga ya estén implantados por doquiera.

En Francia, los gremios de trabajadores más conscientes, por la huelga consiguieron la jornada de ocho horas, de 1898 á 1900. En Francia hay socialistas en el parlamento desde Proudhon hasta nuestros días, más de medio siglo. De Italia decimos casi lo mismo. Si nosotros, pues, fuésemos legalitarios, por pudor siquiera, vamos, por vergüenza, aboliéramos el programa mínimo, y, si no sabíamos hacer otra cosa, desenvolveríamos el máximo.

Es muy chistoso eso de programa mínimo que deja adivinar un máximo colosal y feliz potente. ¡Ah, cristó! Hay socialistas que os dicen con una entonación tan solemne:

—Escuchad, y ésto no es más que la reforma mínima que por ahora pedimos! Más adelante!...

Algunos se quedan abobados, lleno de deleite, como los muchachos cuando juegan: «oh, si saco el sable!...» Y los chicleos camaradas se extasian ante la idea de un sable deslumbrante y divino que puede desenvainarse: «¡sí saco el sable!...»

Ferri constata que en París, todos los sindicatos obreros han abolido la táctica política, optando, dice él, por la anárquica, la económica. Esto no les hace cejar á los señores del programa de reformas. Empeñados en

